

la poesía no oficial y sus gustos y aficiones se movían entre el optimismo de la poesía armada y el escepticismo de la poesía con el armamento pasado por la batidora y aderezada con unas gotas de marraquino.

Batló sacó adelante *El Bardo* mediante la magia de las letras, protestadas o no y mediante el apoyo de algunos poetas pozos de humanidad, como Gabriel Celaya, o el interés de los que queríamos publicar la primera obra. En *El Bardo* han publicado obras casi primeras o primeras Pedro Gimferrer, Lázaro Santana, José Elías, Joseya Alvarés, Ana María Moix, Félix de



partido ante distintas posibilidades de autorretrato y elige la estampa de un poeta solitario, autodidacta, al margen de las escuelas y las tendencias, aunque conectado con la poesía cordial y social. Una inicial cita de Bécquer nos introduce a lo que Batlló piensa de su propia poesía:

Moviéndose a compás, como un estúpida máquina, el corazón; la torpe inteligencia del cerebro dormida en un rincón.

Entre el sentimiento y el compromiso, la poesía de Batlló es una poesía madura e inmadura, en la que resucitan todas las educaciones de la poesía española desde el romanticismo hasta el neorromanticismo y en la que los materiales están condenados a la dictadura de la sentimentalidad del autor, sin concesiones a dictados culturales o a modas en transición. Tal vez escribir poesía como Batlló sea más que el fin de una etapa el principio de otra, en la que la escritura estará ligada a la medicina casera, como el linimento o los vahos de eucalipto. De momento, *CanCIÓN del solitario* debe leerse como una muestra de escritura independiente, categoría insignificante a la que pertenecen algunos políticos como Giscard d'Estaing, algunos ciclistas y algunos poetas como José Batlló. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Jerga y filosofía

A finales del año 1968, en un intento llevado a cabo en la Facultad de Filosofía madrileña por romper la esclerótica urdimbre de la enseñanza que allí se impartía (y se imparte), un alumno, para apoyar las tesis críticas, citó a Theodor W. Adorno ante el catedrático de Teodicea: «¿Adorno? Eso es... literatura», repuso el sabio por oposición, y siguió adelante con su lección de Pneumatología. Un par de años después murió Adorno, bellamente asesinado por un «strip-tease», según cuentan; el digno funcionario de la Teodicea sigue todavía en sus lares; ese, como el «Duende que camina», nunca muere. Y del alumno, ¡vaya usted a saber lo que se hizo!

La inexistencia de pensamiento filosófico en España constituye una dificultad no pequeña para que se consolide una auténtica crítica de la filosofía española; por eso, los que tenemos querencia por polémicas gigantemaquias y otros embelegos de la conciencia infeliz, nos hemos acostumbrado a pensar «por persona

interpuesta»: contemplamos ávidamente los enfrentamientos del pensamiento europeo y lo reproducimos a escala en casa. Decimos: «Es como si Fulano fuera Sartre, y el padre Tal fuera Heidegger, y aquel, Carnap, y éste, Lukács...», luego nos enfrentamos, hacemos partidos y jugamos con ellos, como con aquellas chapas a las que de niños poníamos los nombres de ciclistas o futboleros de actualidad. «A falta del ciclista de carne y hueso, ¡buena sea la chapa!», pensábamos; no otra cosa nos ocurre con los filósofos.

Esto constituye el interés de libros como el de la «Jerga de la autenticidad» de Theodor W. Adorno, que ahora se publica en España bajo el título de «La ideología como lenguaje» (1). Obras como ésta proporcionan el espectáculo, en estas tierras exóticas, de la crítica filosófica en acción.

La jerga de la autenticidad es el existencialismo alemán, especialmente ejemplificado en sus dos representantes más destacados: Heidegger y Jaspers. Adorno, desde su perspectiva crítica, desmenuza textos de estos dos pensadores y de otros varios de menor talla, y denuncia su discurso filosófico, pretendidamente el más autónomo y auténtico, como degradación del lenguaje, como jerga.

Alguien se preguntará si esta tarea presenta para el lector español algún interés fuera del meramente «culturalista» (¿Se ha señalado alguna vez el temor irracional a pasar por «culturalista» que hay en un país de tan mínimo nivel cultural como éste?). Me parece que sí; lo que Adorno estudia no son unos cuantos pensadores, por insignes que fueran, ni siquiera una moda intelectual, sino una corrupción del lenguaje, una degradación expresiva. Eso es lo que él llama la jerga. No se trata de un fenómeno geográficamente localizado, sino de una limitación real del lenguaje nuestro de cada día, tan contaminado como nuestro aire o nuestra agua... y casi por idénticos factores.

La jerga se describe así: «La jerga, en su objetiva imposibilidad, reacciona ante la creciente imposibilidad del lenguaje mismo. Este se vende al comercio, a los disparates y al cinismo o bien se cuela en el Tribunal de Justicia o se envuelve en el traje talar, corroborando así su privilegio. La jerga es la síntesis feliz y ahí explota». La filosofía crítica alcanza su razón de ser precisamente al oponerse a la jerga,

formando la latente explosión de ese discurso que se pretenden máximamente estable.

La característica más acusada de la jerga es su vocación formal: «Dispone de un modesto número de palabras que encajan y funcionan como obedientes a un código de señales». Lo mismo que las «fichas de juego» positivistas, los términos de la jerga existencial (o marxista, o estructuralista) cantan su canción de alabanza sin preocuparse del significado auténtico de las palabras, de su contexto, de la experiencia dolorosa o alegre que en un momento las respaldó.

La jerga formalizada sustituye vergonzosamente al pensamiento en la enseñanza universitaria de la Filosofía; se adiestra al alevín de filósofo, mediante un calculado sistema de premios y castigos, para que aprenda a manejar sin errores de bulto una terminología —«esencias», «sustancia», «yo», «alteridad», «autenticidad», «alienación», «dialéctica», etcétera— que ya no encierra más profundo secreto que el de su vaciedad. Como la esfinge de Wilde, el filósofo de la jerga académica no tiene más misterio que el carecer de misterio alguno.

Lo importante para estas esfiges —«perros guardianes», les llamó Paul Nizan, por su ardor en defender los valores establecidos— es que nadie advierte que toda su sabiduría les es perfectamente superflua: hablen de «libertad», «angustia» o «inmortalidad», la cosa no va con ellos. Esto da lugar a situaciones divertidas: recientemente, hablando a profesores de Filosofía, declaraba Ferrater Mora: «Como la ciencia ya se ocupa de tratar todos los problemas interesantes, a los filósofos sólo nos quedan los temas que no interesan a nadie». Suspiro de alivio en la sala: ¡una responsabilidad que nos quitan de encima! No seré yo quien discuta que los temas del pensamiento de Ferrater no interesan a nadie: me encuentro plenamente del lado de los desinteresados. Pero me parece abusivo entender tal desinterés a todos los temas del empeño filosófico; su experiencia propia no autoriza a Ferrater a negar que existan filosofías sinceras...

El formalismo de la jerga es un pobre sucedáneo de la sinceridad; su resultado ha sido hacer repugnante toda la referencia al dolor individual y a la exaltación subjetiva. ¡Tanto clérigo repitiendo mecánicamente las palabras «angustia», «autenticidad», «compromiso»! La Filosofía Existencial en España se ha convertido en un preámbulo de los «Cursillos de cristiandad». Ya nadie se acer-

ca sin repugnancia al cadáver de Camus, que maldita la culpa que tiene de todo esto, pero hay palabras que, repetidas de modo puramente formal, se convierten en malolientes regüeldos. Asustado de una responsabilidad que no es capaz de asumir, asqueado de la jerga mecánica de la subjetividad insincera, el filósofo se vuelve hacia la teoría de la ciencia, los sistemas formales, el análisis lingüístico: en ellos se puede ser auténtico sin profundidad y sincero sin riesgo. El profesor Jacobo Muñoz, de Barcelona, me preguntó no hace mucho: «Si en tus clases de Filosofía no explicas lógica ni epistemología, ¿de qué hablas a los alumnos?». Hay cierta indecencia desdicha en esta pregunta, que todo en la jerga, por otra parte, justifica.

Los recientes congresos filosóficos de Castellón y Valencia demuestran que a la jerga le prueba el Levante español. Los jóvenes filósofos reunidos en Castellón dieron pruebas de un academicismo tan desafiador que asustaba; allí triunfaba un delirio conservador de los «eternos valores constituidos del pensamiento» que para sí quisieran respetables catedráticos, como Rábade o Muñoz Alonso. La jerga tuvo, sin embargo, su triunfo más resonante en el número «progresista» a cargo de Carlos Díaz: pieza antológica que recomiendo y que encontrarán ustedes en el número tercero de la revista «Teorema», que publica textos como éste, supongo, porque no todo va a ser seriedad y riesgo en este mundo.

En Valencia, según cuentan, reinó una desagradable (para algunos, claro) sensación de montaje que se hundió. Mientras se hacían rutilantes profesiones de cientificidad y rigor analítico, la insidiosa aparición de la fotocopia de un expediente abierto a un profesor por practicar en clase esas mismas cualidades, pero, al parecer, sin dejar el debido margen a la religión revelada, planteó el aburrido tema de la dificultad concreta de pensar aquí y ahora; tema que, para sorpresa de Ferrater, interesó a mucha gente (quizá no sea filosófico...), pero del que la jerga poco o nada tiene que decir. El congreso valenciano acabó entre fuego y tracas, como las fallas...

La indiscutible ventaja del cientifismo sociologista, que corre por el mundo como «marxismo», sobre el formalismo analítico es que permite dar más justificada cuenta de lo que impide pensar. El marxismo explica la interesada misión de la jerga, que en último término es, según dice Adorno: «El sufrimiento, el

Azúa, Martínez Sarrión, etcétera, y han aparecido con su crédito a cuentas Celaya, Celso Emilio Ferreiro, Laborde, Valente, Bousño, Soto Vergés, Quiñones, Carlos Álvarez, Carrasquer, Canales, Gloria Fuertes, Padilla, Fernández Retamar, Ernesto Cardenal, Espriu, Nicolás Guillén, Pere Quart, Salvat Papasseit, etcétera. Esfuerzo del matrimonio Batlló en solitario, *El Bardo* es una colección clave en la poesía de la posguerra y en cualquier estudio serio sobre las maravillas de la contabilidad en la era del consumo.

A los escritores-editores les suele suceder que el público escoge caprichosamente una de las dos dedicaciones para clasificarlos, y como al público, pese a sus buenas intenciones, sigue pareciéndole más sólido un industrial que un escritor, termina por elegirles la etiqueta de editores. Barral es un caso de excelente poeta más conocido por editor, y Batlló, ídem de ídem.

El compendio *CanCIÓN del solitario* es una autoantología en la que el autor toma

(1) Theodor W. Adorno, «La ideología como lenguaje», Taurus Ediciones, (Madrid, 1971.)

EDITORIAL NOVA TERRA



SINTESIS DEL PENSAMIENTO DE MARX
de Henri Lefebvre

Colección «Sintesis», 36

UN AVIADOR DE LA REPUBLICA

Joan de Milany

Colección «Actitudes», 16

EL ESTADO Y LAS IGLESIAS POR SEPARADO

Ramón Comas

Colección «El Sentido de la Historia», 4



*El periódico que nunca
le decepcionará*

OTRAS DOS CENTRALES NUCLEARES EN ESPAÑA

Para atender la creciente demanda de energía que requieren el pujante desarrollo y el aumento demográfico de nuestro país, cuatro compañías eléctricas españolas van a construir próximamente dos grandes centrales nucleares en Lemoniz (Bilbao) y en Almaraz, sobre el Tajo.

Estas centrales estarán formadas por un total de tres grupos de 930.000 kW. cada una, habiéndose concertado con la firma Westinghouse el suministro del reactor nuclear de agua a presión, el combustible nuclear y el turbogenerador, por un importe total de unos 15.000 millones de pesetas, con posibilidad de que, en corto plazo, se contrate un cuarto grupo.

Westinghouse, S. A., que ya ha desarrollado con éxito la construcción en España de equipos de alto grado técnico, tales como los grandes turbogeneradores de hasta 550.000 kW., construirá en sus fábricas de Bilbao, Córdoba, Reinoso y Valladolid una parte importante del material, objeto de este contrato, que constituye el mayor pedido nuclear registrado en toda la historia industrial española.

España da así un gran paso en este campo de vital importancia para sus próximos planes de desarrollo.

"LA INHUMANA RELACION"

NUEVO CUADERNO DE RAFAEL TORRES PADIAL

Hemos recibido el décimo Cuaderno de Publicidad, titulado «La Inhumana Relación» y que contiene un apretado anecdotario, que sirve de base para el desarrollo de una planificación en el campo de las Relaciones Públicas y la Publicidad.

Un tema que se hace sumamente interesante por su contenido y por la narrativa, por la fuerza de la imagen y por la experiencia de su autor, que, de manera directa, dicta una lección para el aprovechamiento y rendimiento de las Relaciones Públicas.

No tardando, a principios de enero, verá la luz el siguiente cuaderno, titulado «Historias de la Publicidad», y en el que aparecerá la convocatoria de los Oscar de la Publicidad Española 1972.

mal y la muerte hay que aceptarlos, como dice la jerga; no hay nada que hacer. Al público se le enseña el ejercicio equilibrista de explicarle la nulidad como ser, de honrar como lo más humano de la imagen del hombre la indigencia real evitable o al menos corregible, de acatar la autoridad como tal por causa de la congénita insuficiencia humana.

El respeto honrado y sincero por la convención académica, unido a la soñada exigencia tradicional de «verdad», dan su última y valerosa medida en los pensadores de la escuela de Francfort, como T. W. Adorno; el resultado obtenido es una conquista y un límite. Adorno fue un pensador que tuvo el gran valor de atreverse a frenar su propia capacidad especulativa; vio con claridad que frente a la jerga imperante sólo el momento negativo del pensamiento es válido. Este libro, «La ideología como lenguaje», de feroz ironía, es una prueba de ello.

Pero el momento crítico, aún muy necesario, sobre todo en España, no puede restringir indefinidamente la audacia del pensamiento, que se quiere afirmativo, sin caer en la jerga: una filosofía apunta ya contra la jerga, oponiendo frente a la rigidez formal la ductilidad expresiva; frente a la filosofía como catálogo, la filosofía como fuerza; frente a la inessentialidad de la palabra, el estilo como expresión de la voluntad. ■ FERNANDO SÁLVATER.

Desarrollo y planificación educativa en el mundo actual

La súbita importancia concedida hoy en los países en vías de desarrollo a la planificación educativa como complemento, y como consecuencia de la planificación económica comporta una variada gama de nuevos problemas pedagógicos que, independientemente del carácter real o demagógico que las reformas adoptan en cada país, están alterando manifiestamente las bases conceptuales y metodológicas de las doctrinas y sistemas educativos.

En el corazón de este azaroso proceso de interrelaciones entre desarrollo y educación sitúa Bogdan Suchodolski su *Tratado de Pedagogía* (1), editado por primera

vez en 1947, muy enmendado en la segunda edición de los años 1959 y 1960, y totalmente reelaborado en la de 1968 por su autor, director del Instituto de Ciencias Pedagógicas de la Universidad de Varsovia. Esta historia de las sucesivas ediciones y reelaboraciones viene precisamente a poner en cuestión lo que en el libro constituye un tema fundamental: la problemática del «hombre del futuro» que ocupa toda la primera parte del tratado. La cuestión del progreso, «tan dramáticamente planteada, representa precisamente hoy día la cuestión histórica central de la conciencia y la moralidad de los hombres, de sus sentimientos, su comprensión del sentido de su actividad y de su papel en la Historia». Porque el concepto de «progreso» falazmente utilizado como «modernización» a través del «desarrollo» queda reducido y unilateralizado a la idea de un simple crecimiento cuantitativo de la producción y así deviene en **pragmatismo** en el campo de la planificación educativa y en demagogia oportunista en el de la política social. No piensa tampoco Suchodolski que esta «adoración de una nueva realidad que elevaba al rango de filosofía las normas de la vida capitalista "subestimando" todas las tradiciones humanísticas de la cultura europea» y que tantas batallas lleva reñidas, y ganadas, al **perennialism** o pedagogía de los «valores perennes», en la que se modelaba al «hombre eterno», sirva, como tampoco esta última, para enfrentarse de modo adecuado a las necesidades educativas de un presente sobrecargado de incertidumbres y en el que los valores y sentimientos no pueden ya encontrar apoyo ni orientación en las doctrinas tradicionales, siquiera sea en las más próximas, por hallarse en un proceso de continuas transformaciones. La superación de estas antinomias entre el **perennialism** y el **pragmatismo**, entre las teorías educacionales objetivista y subjetiva, y entre las teorías individualista y colectivista en la educación constituye, según el autor, el camino para resolver el conflicto entre el hombre y la actual civilización: «La problemática del hombre y por ende la de su educación (...) (hay que hallarla) en el terreno de la vida empírica, que fluye del tiempo histórico y que cambia con él. Sobre este camino se levantan los conflictos y las tareas, se decide la validez de las formas de vida, se determinan las nuevas tendencias contradictorias con nuestra existencia actual, que requieren decisio-

(1) Ediciones Península. Colección Historia/Ciencia/Sociedad. 525 páginas. Traducción del polaco de Melitón Bustamante Ortiz de la edición de 1968. Barcelona, octubre de 1971.